

Miguel Angel Vega

Literatura chilena de la emancipación o independencia



LOS estudios de historia literaria publicados en Chile son relativamente escasos y no reúnen las altas calidades que en otros países han dado prestigio a obras de este género. Son opacos, predomina en ellos el espíritu de inventario, carecen de métodos y claras finalidades.

Llama la atención, desde luego, el hecho de que no se haya intentado en estas obras una división por etapas o períodos de nuestra literatura, tarea que han acometido con éxito escritores de otros países en Europa y en América. ¿Acaso el curso y desarrollo de ésta es sobremanera original que nada valen frente a ella los cartabones de juicio universales usados en otras literaturas? La pregunta no es tan simple y sencilla como pudiera pensarse y las opiniones de los estudiosos andan divididas a este respecto. Conocemos, por ejemplo, el juicio de un distinguido crítico literario para quien la interpretación de nuestra literatura conforme a cánones europeos es improcedente, por cuanto sus ca-

racterísticas serían completamente extrañas a las clasificaciones de este tipo que andan por ahí en manuales e historias literarias. Por otra parte, en las monografías y estudios especiales que existen sobre estas materias.—que en Chile son muchos y algunos de gran calidad—se enredan y entreveran juicios y opiniones de un evidente valor europeo. ¿Quiénes tienen la razón en esta disyuntiva? Es lo que procuraremos contestar en las breves lucubraciones que sirven de marco a este trabajo.

Estimamos factible el estudio de nuestra historia literaria atendiendo a las influencias estéticas o filosóficas que en forma consciente penetraron en nuestro cuerpo social en los distintos hitos de su evolución orgánica. Esto se ha hecho en España o Rusia, por ejemplo, lo que no tiene nada de extraordinario, y también se ha hecho en Argentina, lo que es, por de pronto, un hecho digno de observarse. Claro está que en el rico juego de causas e influencias que intervienen en la creación literaria no conviene desestimar los factores subconsciente u autóctonos cuyos derechos también prevalecen en el divino milagro, como ser, la raza, la lengua, el medio social, etc., los cuales actúan muchas veces como elementos niveladores capaces, incluso de cambiar por completo la faz del fenómeno.

¿Ha habido en las letras chilenas clacisismo, romanticismo, realismo, corrientes literarias? He aquí la pregunta más grave de toda esta larga divagación. En un leve estudio publicado en «El Mercurio», intentamos

probar hace algún tiempo, la existencia de nuestra literatura en un movimiento romántico, en sus líneas generales de tipo universal, fijamos sus límites cronológicos, su temática, sus expresiones más altas. Sería impropio repetir aquí las consideraciones expuestas en aquella oportunidad. Ahora nos interesa la discusión de un tema estrechamente vinculado a él que de ser resuelto establecería un nexo de continuidad entre la literatura romántica (1840-1888) y la precedente (1810-1840), esto es, fijaría un criterio cronológico y cultural válido para la literatura chilena del siglo XIX en casi todo su desarrollo.

El problema puede plantearse de esta manera: ¿Qué tipo de literatura predominó en la primera mitad del siglo XIX, esto es, en el alvéolo de tiempo comprendido entre 1810 y 1840? ¿Hubo, en realidad literatura en esta época?

Entremos en materia.

Se ha dicho por nuestros prolijos y prolíficos historiadores que los sucesos posteriores a la declaración de la Independencia comunicaron al país un espíritu de anarquía y desorden a ratos insuperable. La afirmación es exacta. Los criollos principales, en efecto, no siempre estuvieron a la altura de los tiempos y conjugaron los términos de la revolución con vacilaciones y sofismas de una enorme sutileza. En otros términos, la Abdicación de Bayona al conocerse en el reino, dividió a los españoles americanos en los bandos opuestos: los que querían la independencia absoluta y los

que deseaban continuar permaneciendo leal al monarca —Fernando VII— temporalmente destronado. Así se planteó el problema más delicado de nuestra historia. Fueron momentos dramáticos, cargados de enigmas y responsabilidades, en los cuales terminó por imponerse el criterio legalista de los emperifollados jurisconsultos de la época. «1810 y los primeros meses de 1811 son el tiempo de la disputa jurídica en torno de la nueva situación» ha dicho Mariano Picón-Salas, el culto ensayista venezolano, en un estudio sobre estas materias digno de más divulgación (1). De aquí deriva el hecho de que haya tenido gran actualidad en aquella época toda una literatura de Derecho Público en torno al asunto, de que son ejemplo «La Proclama de Cuiríño Lemachez» (Camilo Henríquez) «El Catecismo Político cristiano dispuesto para la instrucción de los pueblos libres de América», «La Verdad en Marcha», atribuido a Manuel de Salas, etc., folletos y artículos que intentan soluciones legales al delicado conflicto. En realidad, estas soluciones no son tales; sólo sirven para retardar el paso decisivo, es decir, la revolución.

¿Qué hacen los escritores de la época entretanto? ¿Qué nos dicen en sus creaciones Camilo Henríquez, Juan Egaña, Bernardo de Vera y Pintado? He aquí una pregunta que va siendo ya necesario formularse, cuya contestación, sin embargo, postergaremos para más adelante, pues el cuadro social y político de la

(1) La Independencia y los ideólogos del progreso (fines del siglo XVIII a 1830).—Revista Clío. 1935-, N.º 5.

época contiene otras piezas que aun no han sido expuestas.

El 25 de junio de 1811 se inicia con la llegada a Chile de don José Miguel Carrera una nueva fase en el proceso revolucionario. El quisquilloso y hábil soldado comprendió antes que nadie el aspecto bélico y popular de la insurrección. Fué él quien la sacó del círculo jurídico y bizantino en que amenazaba ahogarse y quien la trasladó al corazón del pueblo dándole un carácter de epopeya y de movimiento en marcha por añadidura. «El problema que él plantea—dice con exactitud Mariano Picón-Salas—no es el de resguardar los intereses de Fernando VII sino el de crear una nación autónoma». Gran verdad. El papel de Carrera en los sucesos que comentamos no ha sido valorado en todas sus proporciones por los historiadores chilenos.

Poco tiempo duró el pequeño Estado nacionalista creado por Carrera, el que se derrumbó prematuramente el año 13 con motivo de la invasión de Pareja y de la guerra de los chilenos contra el pueblo invasor. Los patriotas fueron a esa lucha divididos en bandos irreconciliables por lo que la victoria no fué tarea dura para el enemigo. Sobrevino a continuación el período 1814-1818, noche negra de nuestra historia. Alberto Blest Gana ha novelado la época a lo Balzac y de las páginas del libro admirable — «Durante la reconquista» — salen llamas sagradas de amor patrio, sen-

timiento que sin duda maduró y dió sus frutos en este amargo interregno.

He aquí a Chile convertido otra vez en un vasto escenario guerrero. He aquí al hombre, he aquí al soldado, he aquí al chileno, espada en mano, defendiendo la libertad de su suelo. ¿No tiene todo esto los caracteres de una epopeya? Lo que sucedió después todos lo sabemos. Las batallas de Chacabuco y Maipo dieron al traste con la prepotencia hispánica y Chile podía decir al mundo nuevamente que era un pueblo libre. De todo aquello, quedó palpitando en el meollo mismo de la nación una mística nueva de larga duración. Era este el prestigio de la espada. Desde el año 1818 hasta 1841, el sitio más alto de la República quedó reservado al hombre de mayor prestigio militar, al héroe de los campos de batallas.

El hecho que anotamos tiene una influencia en las letras mucho más profunda de la que a primera vista pudiera pensarse. Estas fueron vasallas de los imperativos políticos y militares de la época.

O'Higgins, designado Director Supremo del país después de las batallas de Chacabuco y Maipo, desvió los postulados de la revolución al extremo opuesto: la Dictadura. En realidad, fueron cinco años duros y despóticos (1818-1823) los que el general impuso a la vida nacional bajo el peso de su mando. No era hombre de términos medios el hijo de don Ambrosio. Sabía y tenía conciencia clara de sus actos. Empero, las doradas ilusiones de la revolución, el anhelo de un

gobierno de tipo democrático y popular aun subsistía en las mentes mejor organizadas, y el Director por antioligarca y por comefraile tuvo que abdicar teatralmente el mando ante fuerzas superiores, dirigidas en esta oportunidad por Ramón Freire, símbolo de nuevas esperanzas. Un general sucedía a otro general en el mando de la República. La mística militar no ha perdido un ápice de su prestigio. Es el sino de la época, en lenguaje spengleriano.

Los años que van del 23 al 30 son de una anarquía superior a los peores momentos del pasado. El golpe militar es la solución normal, encubierta o paladina, de todas las dificultades. Vale más el que es más fuerte. Por otra parte, las oscuras corrientes ideológicas que desde los albores de la Independencia venían abriéndose camino en los espíritus, terminan por polarizarse en dos bandos opuestos. Es la época del pipiolo y del pelucón. Son dos corrientes opuestas vivas entre los cuatro muros de la patria. Son dos soluciones. Son dos destinos. En Lircay, el 17 de abril de 1830 se impone el equipo de los pelucones, hábilmente dirigido entre telones por Diego Portales, comerciante un tanto anónimo antes de esta fecha. Fué el triunfo tal vez de los más realistas, porque éstos supieron entrocarse el presente con el pasado. Portales, figura egregia de nuestra historia, dió más tarde organicidad a la República, el país tuvo lo que se ha llamado un Estado «en forma».

El prestigio de la espada eleva al sitio de los presidentes al General Joaquín Prieto.

Si los hechos tan sucintamente expuestos tienen alguna concatenación lógica, sus consecuencias en el terreno literario son fáciles de inferir. Resumamos las principales fases históricas y literarias de la época:

1.º El período de la historia nacional comprendido entre el año 10 y el 40 tuvo carácter anárquico y militar en sus líneas generales.

2.º La sociedad chilena vivió y sintió en esta época la mística militar.

3.º No hubo Estado en lo alto de la nacionalidad hasta Portales y en el interregno 1814-1818 el sentimiento nacionalista, flojo antes, se extendió a todo el cuerpo social.

4.º La actividad literaria de la época rindió su tributo al «pathos» colectivo, esto es, se supeditó a los intereses políticos y militares derivados de la Revolución de la Independencia.

Camilo Henríquez, Bernardo Vera y Pintado, Ventura Blanco Encalada, Juan Egaña, principales especímenes literarios del período que estudiamos, han dejado en sus obras claras comprobaciones de cuanto llevamos dicho. Fueron escritores y políticos, más políticos que escritores. Esta es la verdad: Oigamos ahora un testimonio más cercano a la época, el de un distinguido exégeta literario—el primer crítico literario chileno, a nuestro juicio,—Joaquín Blest Gana, hermano del novelista y del poeta, quien expone sobre estas

materias ideas muy semejantes a las nuestras (Revista de Santiago 1848). «La generación anterior—dice—convocada a la pelea por la voz de la patria que peligraba en la demanda de sus derechos, se hizo casi toda militar y el polvo del combate ocultó el campo de las especulaciones intelectuales. El soldado de la Independencia vuelto al hogar que abandonaron por las batallas cifró su orgullo en las gloriosas cicatrices que surcaban su pecho; las lucubraciones de su inteligencia habíanse reducido a una brava carga o a una peligrosa emboscada. Los trastornos civiles que a nuestra libertad siguieron, afianzaron completamente el imperio del poder militar y la literatura huyendo a la ruidosa marcha de los ejércitos se albergó en unas pocas cabezas que permanecían ocultas entre los encumbrados morriones». ¿No son admirables estas palabras? Dan la clave en forma sencilla del asunto. Revelan, por otra parte, el carácter épico de nuestra lucha emancipadora, carácter que débilmente se le ha reconocido por nuestros historiadores.

Por esta razón. los géneros literarios predominantes de la época son el periodismo—que nace con los primeros vagidos de la revolución—el drama, que se cultivó con fines de propaganda y la poesía patriótica o de espíritu cívico. Escasas veces el verso sirve de vaso para contener algún sentimiento, flor delicada oculta en pecho rudo.

La obra literaria de Camilo Henríquez está contenida casi íntegra en «La Aurora de Chile» y la de

Bernardo Vera y Pintado, en una pequeña dimensión en el mismo periódico. Allí está el verso y la prosa. Acercuémonos a ella.

El Fraile de la Buena Muerte, como buen hijo de la Enciclopedia, tiene información de todo, cree en la democracia y en las virtudes mágicas de la educación. Su cultura—grande para el país en formación—la pone al servicio de la causa adorable. En sus versos alienta al amor por la libertad del suelo chileno. Veamos un ejemplo:

Ya todo se reúne
a engrandecer la patria,
a sostener su esfuerzo,
su vuelo y miras altas.
Copiapó, Huasco y Rungue
le presentan la plata;
y en Pelvín halla el hierro
para forjar sus armas.
Hay juventud valiente,
hay patriótica llama,
hay honor, hay ingenio,
hay deseo de fama
y sangre antigua y limpia,
que será derramada
si la patria lo exige
y su junta lo manda.

Sus ideas sobre el teatro van dirigidas al mismo punto central de su pensamiento. Dice en «La Aurora

de Chile» en el artículo «Del entusiasmo revolucionario»: «Yo considero al teatro únicamente como una escuela pública; y bajo este respecto es innegable que la musa dramática es un gran instrumento en las manos de la política». Cuando escribe «Camila» lo hace conforme con estas ideas. Por eso, no es este un drama en la acepción corriente del vocablo, sino un panfleto libertario

Bernardo Vera y Pintado, argentino de nacimiento, pasó joven a Chile, y aquí casó con chilena. Es un escritor nuestro, apurando el asunto. Poeta de más espontaneidad que Henríquez, fué el autor de numerosas composiciones entre las cuales cuenta el himno patrio que escribió por encargo de Bernardo O'Higgins, el mismo que transformara más tarde Eusebio Lillo.

Conozcamos los primeros versos:

Ciudadanos el amor sagrado
de la patria os convoca a la lid.
Libertad es el eco de alarma.
La divisa triunfar o morir.

El cadalso o la antigua cadena
os presenta el soberbio español...
Arrancad el puñal al tirano;
quebrantad ese cuello feroz.

La obra de Juan Egaña, otro escritor de este tiempo, es vasta y variada como pocas. Su libro «El Chi-

leno Consolado» nos relata los sufrimientos padecidos por el escrito en la Isla de Juan Fernández donde lo deportara el Gobierno realista durante la reconquista española. Escribió, además, obras filosóficas y morales, que tienen relación con los grandes motivos de la época.

Parece, pues, evidente que el período 1810-1840 es típico en nuestra historia literaria. El espíritu del clacisismo que pudo haber influido en los pocos escritores de la época, herederos algunos de las enseñanzas de la Universidad de San Felipe, traductores otros de Horacio u Ovidio, no alcanzó a saturar los espíritus, pues, todo lo arrasó la epopeya heroica en su cauce de río ancho y revuelto.

Ventura Blanco Encalada—mejor traductor que creador—y doña Mercedes Marín del Solar, podrían contradecir un tanto este juicio, pero el primero es escritor de escasa enjundia y la segunda se ampara en su sexo para escribir más de acuerdo con las voces de su espíritu íntimo.

Ahora bien, ¿cómo llamar a este ciclo literario? Damos un nombre: *Literatura de la Independencia o Emancipación*.